

rios de Dios quienes expusieron en venta las indulgencias: Bonifacio IX, famoso por su avaricia insaciable, envió á los diversos reinos cuestores, que eran otros tantos comisionistas encargados de poner la mercancía pontificia al alcance de los fieles (1).

Así se inflamó la codicia; ¿cómo extrañar que la pasión más vil del hombre produjese las monstruosidades que excitaron la cólera de Lutero? Prometían los vendedores el perdón de los pecados sin penitencia; un testigo ocular, un escritor católico, es quien lo refiere (2). Por las proposiciones que la Sorbona condenó en 1518, se ve hasta dónde llegaba la impudencia de los agentes de la santa sede: "El que ponga en el cepillo de la cruzada un *teston* por un alma del purgatorio libra *incontinenti* á la dicha alma, que se va infaliblemente al paraíso. Entregando diez testones por diez almas, y hasta mil testones por mil almas, se van sin duda todas inmediatamente al paraíso," (3). Era la época de las hazañas del famoso Tetzel, que predicaba que el papa tenía más poder que los apóstoles y los santos, y hasta más que la Madre de Dios. La indulgencia, decía, borra los pecados más enormes; el santo padre podría salvar al que hubiese violado á la Santa Virgen, ¡y esto sin contrición, sin arrepentimiento! Tetzel hacía más todavía: ¡vendía las indulgencias para los pecados futuros! (4).

Creemos de buen grado que los vendedores de indulgencias traspasáran y aún falsificáran las instrucciones de los papas, y que la Iglesia haya desaprobado sus vergonzosas bribonadas; pero esto no impedía á los vicarios de Dios embolsarse el oro que por tales medios sustraían sus agentes á las almas crédulas (5). Después de todo, los corredores de Roma estaban en relación directa con los fieles, y á su predicación debían ajustarse los com-

pradores. Á poco que se reflexione sobre las máximas predicadas por los vendedores de indulgencias, espantará la idea de la desastrosa influencia que debieron ejercer en la moralidad de los creyentes. Ya en el siglo XI se lamentaba *San Damian* de que la conmutación de las penitencias por dinero arruinaba la disciplina (1). ¿Qué habría dicho el severo anacoreta si hubiese asistido á la venta de las indulgencias? La concepción teológica de la indulgencia quedó siempre extraña para las masas; al comprar la remisión de sus pecados, los fieles creían comprar el paraíso. Puesto que había un medio tan fácil de lavarse de sus crímenes y ganar el cielo, ¿por qué no se habían de abandonar á sus pasiones? Tal era el razonamiento de los fieles en el siglo XIII, y así razonaban todavía en el siglo XVI (2). Un trovador dice, como la cosa más natural, que romperá su juramento y quedará quitto con ir á buscar perdón á Siria (3). El abad de *Ursperg* confirma el testimonio del poeta francés; refiere que se oía decir á los mayores criminales: "Yo cometeré las maldades que se me antojen, porque tomando la cruz me lavaré de todo pecado, y aún daré satisfacción para los demás," (4). ¡Hé ahí la moral de las cruzadas y de las indulgencias!

Voltaire dice que "el libro de las tarifas de los pecados ha puesto en plena luz infamias más ridículas y odiosas que cuanto se refiere de la insolente superchería de los sacerdotes de la antigüedad," (5). La censura es merecida: jamás ha habido espectáculo más infame que el de la venta de las indulgencias. Y la Iglesia pretende, sin embargo, haber recibido su poder de Jesucristo, y su inmutabilidad la condena á enseñar hoy todavía la doctrina del *tesoro de méritos* consagrada por un papa. Estas pretensiones son la sentencia condenatoria del catolicismo y de la revelación en que su dominación se funda.

(1) THEODORUS A NIEM, *de Schism.* I, 68.

(2) «Me audiente, publice predicarunt», dice TEODORO DE NIEM, *de Schism. et Vita Johannis XXIII* (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 3, § 118, nota h).

(3) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, P. II, p. 355.

(4) GIESELER, t. II, 4, § 147, nota z.

(5) Es lo que hizo Bonifacio IX (GIESELER, t. II, 3, § 118, nota h, p. 254).

(1) DAMIANI *Epist.* I, 15, ad *Alexandrum* II.

(2) *Centum gravamina Germanica nationis*, § 3 (*Fasciculus rerum expetendarum et fugiendarum*, p. 355).

(3) MILLOT, *Histoire des trouvadours*, t. II, p. 240.

(4) *Chron. Urspergense*, ad a. 1221 (GIESELER, t. II, 2, § 82, nota d).

(5) VOLTAIRE, *Essai sur les mœurs*, c. LXVIII.

CAPÍTULO II.

LAS HEREJÍAS Y LOS PRECURSORES DE LA REFORMA.

§ I.—Las herejías.

N.º 1.—Consideraciones generales.

La Reforma fué en su esencia un renacimiento del sentimiento religioso; en vano lo niegan los católicos; que este sentimiento brota de las creencias de los reformadores y resplandece en su oposición contra el catolicismo romano. El dogma de la gracia y de la justificación por la fe no es en el fondo más que una protesta contra la doctrina de las obras exteriores, que constituía toda la religión de la Edad Media. ¿Cómo podrían las obras procurar la salvación? se preguntaban los protestantes. Los católicos que se fiaban en el ayuno, en la limosna, en la peregrinación y en las indulgencias, les parecían ciegos que corrían á la condenación eterna. Comparando la debilidad del hombre y la vanidad de sus méritos con la inmensidad de la satisfacción que debe á Dios por la misteriosa falta de que es solidario, y poniendo la corrupción de su naturaleza en relación con el terrible juicio de Dios, desesperaban de su salvación los reformadores: no hablan en sus símbolos sino de los tormentos de la conciencia, de la ceguera de los pecadores, de la cólera de Dios y de los terrores de su

justicia (1). No hallaba alivio esta sombría desesperación más que en la fe sin límites en Aquel que, siendo Hijo de Dios, había tomado la forma de esclavo para satisfacer, por un infinito sacrificio, al pecado infinito del hombre. De aquí el fervor del sentimiento religioso, que ha quedado como el rasgo característico de las sectas protestantes.

Esta reacción contra el catolicismo exterior, esta conversión á la religión verdadera, se manifiestan, desde la Edad Media, en las herejías, aunque bajo formas diferentes. No hay que decir que no es esta la opinión de los católicos: denigran las herejías, como la Reforma. Reprochaban los escritores contemporáneos á los Cátaros el cometer en sus reuniones nocturnas los mismos crímenes que los paganos habían imputado á los primeros cristianos (2). El odio ó la ceguera ha sobrevivido á

(1) «Constat in terroribus conscientie, quod non possunt irae Dei opponi ulla nostra opera... Tota hæc res conflictu est ab otiosis hominibus, qui non norant, quomodo in iudicio Dei et terroribus conscientie fiducia operum nobis eripiat. Pavidas conscientias adigunt ad desperationem...»

(2) SCHMIDT, *Histoire de la secte des Cathares ou Albigeois*, tomo II, p. 150-152.

la Edad Media; hoy todavía los celosos, por excusar las persecuciones que manchan á su Iglesia, representan las herejías como una especie de rebelion contra la moral y la sociedad (1). Despues de haber quemado á los herejes, la Iglesia los calumnia con el fin de justificarse; mas para justificarse está obligada á falsificar la historia: sus propios anales la condenan. Preguntad á los papas, preguntad á los concilios qué causas provocaron las herejías, y os responderán: la corrupcion del clero.

En 1204 escribe Inocencio III: "Los herejes logran con tanta mayor facilidad atraerse las gentes sencillas, cuanto que hallan en la vida de los obispos los argumentos más peligrosos contra la Iglesia." El gran papa repitió el mismo reproche, agravándolo, en el discurso que pronunció en el concilio general de Letran: imputó la pérdida de la fe y la decadencia de la religion á la corrupcion del clero (2). La corrupcion del clero era el grito de guerra de todos los herejes; y en este punto, los más ortodoxos de los sectarios, los Valdenses, convenian con aquellos á quienes denigraba la Iglesia con el nombre de Maniqueos. Todos atribuian la causa de la corrupcion á la ambicion temporal de Roma. Participando del error difundido por el mismo papado, maldecian á Silvestre de haber aceptado la supuesta donacion de Constantino: "Desde entónces, decian, un poder esencialmente espiritual se ha manchado con pasiones terrenales; la corrupcion ha crecido hasta el punto de que se acaba por creer en la Iglesia de Roma lo contrario de lo que creian sus fundadores; y no es ya esta Iglesia sino una casa donde se venden falsedades é imposturas. Roma es la Babilonia, la gran prostituta del Apocalipsis. La Babilonia pagana embriagaba á los pueblos con su idolatria; la Babilonia cristiana embriaga igualmente á los pueblos con su culto material, con el lujo, con la simonia y con todas las malas pasiones del mundo." (3). Estas acusaciones resonaron en la cristiandad cuatro siglos ántes de Lutero.

La corrupcion del clero fué lo que llevó á los sectarios á separarse de una Iglesia en la cual no encontraban ya ninguna garantia para su salva-

cion: "El poder de los apóstoles, decian, esencialmente espiritual, no puede pertecer á una Iglesia que se ha hecho enteramente secular; los sacerdotes no son discípulos de Jesucristo, son sucesores de los escribas y de los fariseos; su fe es falsa y muerta, y su vida los hace indignos del ministerio cristiano. La Iglesia ha perdido, por su corrupcion, el poder que Jesucristo habia dado á San Pedro; los sacramentos administrados por los sacerdotes son ineficaces: siendo éstos culpables, ¿cómo podrian absolvernos de nuestros pecados?" (1). Dé aqui la oposicion de los herejes contra el catolicismo, y su vuelta al cristianismo primitivo. Evidente es, en este punto, la analogia entre las sectas de la Edad Media y la Reforma. El lenguaje de los Valdenses es casi el mismo que el de los protestantes: dicen, como éstos, que la Iglesia, lejos de favorecer la perfeccion cristiana, compromete la salvacion de los fieles con la deplorable facilidad de las penitencias y de la absolucion (2).

Esta reaccion contra la Iglesia condujo á los herejes á un espiritualismo excesivo. La corrupcion del clero, contra la cual protestaban incesantemente, no era otra cosa que los sentimientos y los vicios del mundo: era, pues, preciso reprobare el mundo. Por consecuencia, los Cátaros enseñaban que el único camino para llegar á la perfeccion era romper todo lazo con la sociedad, renunciar á sus amigos y á su familia, abandonar á su padre y á su madre, para no vivir más que en Jesucristo. Auticipándose á las órdenes mendicantes, prohibian los Cátaros á los perfectos toda posesion de bienes terrenales, y llamaban estos bienes una herumbra del alma. De aqui la ley de una pobreza absoluta que justificaban con el ejemplo de Jesucristo y de los apóstoles, complaciéndose en llamarse los pobres del Cristo (3). Los Valdenses se llamaban tambien los pobres de Lyon; abandonaban mujer é hijos, patrimonio y domicilio para asemejarse á Aquel que no tenia donde reclinar su cabeza: desnudos, seguian al Cristo desnudo (4).

Los herejes tenian en el fondo los mismos sen-

(1) EVERVINI *Epistola ad S. Bernardum* (D'ACHERY, *Spicileg.*, tomo IV, p. 474).—SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 140 y siguientes.

(2) *La Noble Leçon*, poema valdense, publicado por RAYNOUARD, *Poésies des troubadours*, t. II, p. 73-102.

(3) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 82.

(4) IVONNETUS, en MARTENE, *Thesaurus*, tomo V, página 1781.—GUALTER, MAPES (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 85, nota d).

(1) Véanse mis *Estudios sobre el papado y el Imperio*.

(2) INNOCENT III, *Epist.* VII, 75.—*Concil. Lateran.*, en MANSI, tomo XXII, p. 972.

(3) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, p. 105-107.—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 88, nota 66.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. V, 2, p. 842 y siguientes.

timientos que los primeros cristianos; y su pretension era imitar la vida de los discípulos del Cristo. Waldo inauguró su carrera como San Francisco: habiendo oido leer los preceptos del Evangelio acerca de la renuncia de los bienes del mundo, quiso seguir á la letra los consejos de Jesucristo; vendió sus bienes y echó en el fango el dinero para atestiguar su desprecio del mundo; despues se fué á predicar la palabra de Dios (1). No era la vida de los herejes indigna de su elevada ambicion. Dejando aparte á los Valdenses, en los cuales quieren reconocer los protestantes á los precursores de la Reforma, hablemos de los más desacreditados entre los sectarios, de los desgraciados Cátaros ó Albigenses. Los mismos que, como enemigos de Dios, los perseguian, hacian justicia á la pureza de sus costumbres y proponian su piedad como ejemplo á los fieles de la Iglesia: "Los Cátaros no hacian nada sin orar y sin implorar la bendicion de Dios; la palidez de su rostro atestiguaba el ascetismo de su conducta." Su vida severa y pura les atraia prosélitos; los que comparaban á los sacerdotes católicos con los ministros maniqueos tenian que preferir la herejía á la religion ortodoxa; y obligados á reconocer las virtudes de los herejes, trasformaban los defensores de la Iglesia las virtudes en vicios, segun su loable costumbre: la palidez, señal de santidad en los monjes, se convertia en signo de perdicion para los sectarios. Pero, ¿corren á la muerte los hipócritas con alegría, con entusiasmo? Un rasgo nos mostrará de qué lado estaba la hipocresia. Hacia 1170 trató un clérigo de Reims de seducir á una jóven á quien se encontró paseando sola; ésta lo rechazó, diciendo que, si dejaba de ser virgen, sería condenada por la eternidad. Comprendió el ortodoxo seductor, por esta respuesta, que la jóven pertenecía á la secta impura de los maniqueos, y con su santo celo denunció á la que se habia negado á ceder á su seducccion. La jóven fué quemada, y fué á la hoguera sin proferir una queja, sin verter una lágrima (2).

Tales eran los sentimientos y la vida de los herejes de la Edad Media. Compréndese que los católicos los persiguieran con sus apasionadas acu-

saciones; pero lo que no se comprende tan bien es que los hayan censurado los protestantes, quienes apénas si otorgan su gracia á los Valdenses, y discuten si éstos merecen ó no el glorioso título de los precursores de la Reforma. ¿Por qué reprobaron los novadores del siglo XVI á los del siglo XII? Hay que distinguir muchos órdenes de ideas en las herejías de la Edad Media; el móvil que las inspiraba ha sido tambien la gran palanca de la Reforma, digan lo que quieran los protestantes: era la reaccion contra una Iglesia corrompida en fuerza de ser exterior, era la conversion á la religion interior de los primeros discípulos del Cristo. El renacimiento religioso se produjo entre los herejes, como entre los protestantes, por la exageracion de una idea cristiana: en el siglo XVI se produjo por la fe y la gracia; en el XII por el desprecio y la renuncia del mundo. Pero habia tambien en las herejías elementos hostiles á la Reforma que explican la especie de repulsion que inspiraban á los protestantes.

La mayor parte de las sectas excedian del cristianismo; por esta causa debian inspirar horror á los protestantes como á los católicos; y hay que confesarlo, el dualismo de los Cátaros y el panteismo del libre espíritu merecian esta reprobacion. Habia sectas que no participaban de estos extravios; pero ni la doctrina de los Valdenses ni la de los Maniqueos respondian á las necesidades de una reforma legitima. No era por la exageracion del espiritualismo cristiano como podia producirse la Reforma, pues que este mismo espiritualismo era un exceso. Los herejes, aún más que los protestantes, eran cristianos primitivos; y las revoluciones no se hacen volviendo á lo pasado; que son esencialmente un vuelo hácia lo porvenir. Para prosperar deben, sin embargo, las revoluciones tener en cuenta los intereses y las necesidades que ligan lo pasado á lo presente; y las herejías, sobre no satisfacer la exigencia del progreso, tampoco satisfacian la de la estabilidad: querian reconstituir el cristianismo primitivo, y excedian al protestantismo y aún al Evangelio; es decir, el movimiento herético era á la par insuficiente y desordenado. Las herejías fueron una primera explosion de todos los sentimientos, de todas las ideas hostiles á la Iglesia, al catolicismo y aún al cristianismo. Más bien que la Reforma, puede aceptar la filosofia por sus predecesores á los herejes, á lo

(1) PILICHDORE, *contra Waldenses*, c. 1 (*Biblioth. Maxima Patrum*, t. XXV, p. 278).—STEPHANUS DE BORDON, *De septem donis Spiritus Sancti*, t. I, c. XXXI (GIESELER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 2, § 85, nota d).

(2) SCHMIDT, *Histoire des Cathares*, t. II, 154; t. I, 193, 89; t. II, 164; t. I, 90.

ménos en el sentido de que sus creencias, aunque se mezcle con ellas el error, son una manifestación de la libertad del pensamiento.

N.º 2.—Las herejías y la Reforma.

I.—Reversión al cristianismo primitivo.—La Escritura.

Hay una señal exterior que distingue á los reformados de los católicos, y es que éstos son cristianos como miembros de la Iglesia romana, mientras aquéllos, al repudiar la Iglesia de Roma y su tradición, se vieron obligados, para seguir siendo cristianos, á adherirse con mayor fuerza á la Sagrada Escritura. Esta adhesión ha quedado como un signo característico de las sectas protestantes; aún las más avanzadas, aquellas mismas que no tienen ya de cristianos más que el nombre, como los unitarios, que rechazan la divinidad de Jesucristo, aceptan la divinidad del Evangelio. Se puede, pues, decir, con un historiador protestante, que todas las sectas que reconocen los libros sagrados como autoridad suprema son las precursoras de la Reforma (1). La importancia de este principio del protestantismo es inmensa: con el Evangelio en la mano rechazan los protestantes, como una invención humana, todo lo que no se halla en él establecido, lo cual es rechazar la Iglesia, su dominación y sus dogmas. La Iglesia tenía el presentimiento del peligro que, para su poder, encerraba la Escritura. Muéstrase inquieta desde el momento en que se traducen los libros santos á una lengua vulgar. Llega á saber Inocencio III que un gran número de legos de la diócesis de Metz, deseosos de entender la palabra divina, habían hecho traducir al francés los Evangelios, las epístolas de San Pablo, el Salterio, los libros morales de Job y algunas otras partes del Antiguo Testamento; y aunque no se atreve á reprobare el celo de los legos, deja entrever, al alabarlos, más peligro que beneficio: "Los misterios de la religión, dice, no deben exponerse á los ojos de todos, sino únicamente de los que pueden comprenderlos sin que su fe se altere. Las gentes sencillas necesitan, como los niños, la leche por único alimento, y hay que reservar un alimento más sólido para los que se hallan en estado de di-

(1) GIESELER, en los *Goettingische Gelehrte Anzeigen*, 1854, I, página 570.

gerirlo" (1). No adoptó Inocencio III ninguna decisión; pero los peligros que le preocupaban llevaron á los concilios á formular la prohibición que estaba en el fondo del pensamiento del gran pontífice: prohibieron á los legos poseer libros sagrados (2), y así la palabra de Dios era un privilegio á que sólo podían aspirar los clérigos.

Si la Iglesia hubiera logrado impedir á los legos la lectura de los libros sagrados, se habría hecho imposible toda reforma. ¿Qué podía dar luz á los cristianos acerca de la religión del Cristo y de la religión de Roma? Sólo la Escritura; á falta de esta luz, habrían reinado por siempre las tinieblas. La Iglesia reproducía el régimen de las castas en lo que tiene de más degradante para la humanidad: reservada la ciencia á los elegidos del Señor, no era la masa de legos más que un rebaño guiado y dominado por el clero. Pero á ningún poder es dado encadenar al espíritu humano; y aunque la autoridad de la Iglesia en la Edad Media era inmensa, unos oscuros sectarios la vencieron. En vano quería la Iglesia mantener una separación injuriosa entre clérigos y legos; los herejes del siglo XII encontraron en la Escritura la profecía de que llegaría un día en que todo hombre sería sacerdote, y tuvieron la ambición de realizarla. Los apóstoles eran legos, decían los Valdenses; ¿por qué no había de ser todo buen lego sacerdote, como los primeros discípulos del Cristo? Negaban que diera el sacramento del orden poder de consagrar ó bendecir, de atar ó desatar: todos los Valdenses podían predicar, sin distinción de sexo, de condición, ni de edad (3). Al rechazar la división de clérigos y legos, reivindicaban las sectas los privilegios del clero como un derecho común; eran estos privilegios, en efecto, la usurpación de un derecho que el Creador ha grabado en el corazón de todo hombre, el derecho á la ciencia y á la luz; el derecho fué más fuerte que el papado.

Sublime era el espectáculo que ofrecían unos pobres sectarios luchando contra la omnipotencia de la Iglesia sin tener de su parte más que un libro.

(1) INNOCENT. III, *Epist.* II, 141, 142, 235.

(2) Concilio de Tolosa, de 1228, c. 14 (MANSI, t. XXIII, p. 197). El concilio de Oxford, de 1408, c. 7, prohibió traducir al inglés los libros sagrados (MANSI, t. XXVI, p. 1638).

(3) RAINERII Summa (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXV, p. 265).—ALANUS DE INSULIS, *contra haereticos*, c. VIII (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 86, nota q).—BERNARDI abbas, *contra haereticos* (GIESELER, *Kirchengeschichte*, nota p).

Si se atrevieron á atacar á la Iglesia, fué porque estaban convencidos de tener en su apoyo una autoridad más alta que la de los papas, la palabra de Dios. No debemos, pues, extrañar el culto que los herejes profesaban á los libros sagrados; los leían con tal asiduidad, que los sabían de memoria (1). Por imperfecta que la ciencia de la Escritura fuera en la Edad Media, hacía invencibles á los sectarios en la lucha con la Iglesia dominante. Apoyándose en la palabra divina, rechazaban como fabulosas todas las instituciones y todas las prácticas que no estaban consagradas por la autoridad de Dios (2), y repudiaban resueltamente la tradición cuando los escritos de los Padres ó las decretales de los papas estaban en oposición con el texto sagrado (3). Era atacar todo el catolicismo.

II.—El culto.

Tachaban los Valdenses y los Cátaros de supersticiones todas las observancias de la Iglesia que no habían practicado Jesucristo ó sus apóstoles (4); y no sólo alcanzaba su reprobación á las obras tan recomendadas por la Iglesia, mortificaciones y peregrinaciones, sino á la religión misma, tal como la masa de los fieles la entendía. Reemplazaba en la práctica al culto de Dios el de los santos; los Valdenses y los Cátaros lo condenaron; se mofaban de los milagros y despreciaban las reliquias (5). Atacaban los herejes en su fundamento el culto de los santos, profesando la inutilidad de su intercesión, pues que cada uno debe ser juzgado por sus actos, sin poderse aprovechar del mérito de otro (6). Si los libros religiosos de los Valdenses se remontaran, como ellos lo pretendían, al siglo XII, sería preciso reconocer que el sentimiento cristiano y la razón se han elevado, desde la Edad Media, á la altura de la filosofía moderna. El historiador de los Valdenses dice que sus antepasados rechazaban el culto de los santos porque fal-

sea la idea de Dios, representando á las criaturas como dotadas de mayor caridad que Aquel que es todo caridad, y añadían que, si había hombres que por la santidad de su vida se distinguieran, se los debía honrar imitándolos, mas no ofreciéndoles una adoración que sólo al Creador es debida (1).

Sean ó no auténticas las tradiciones valdenses, es lo cierto que las supersticiones del catolicismo fueron rechazadas por los herejes en la época misma en que imperaban con toda su fuerza. No tenía aún el comercio de las indulgencias la extensión que adquirió algunos siglos más tarde; pero ya se mostraba el abuso, y los sectarios lo combatieron en su principio con la doctrina que profesaban sobre la confesión y la penitencia: "No es el sacerdote, decían, quien remite los pecados, sino Dios. La contrición del corazón borra las faltas por la gracia divina, y desde luego es inútil la intervención del sacerdote" (2). Rechazando la confesión, con mayor razón debían rechazar la indulgencia: y para mostrar lo que tenía de absurdo, suponían que un fiel era condenado á una penitencia de tres años: tres obispos, con ocasión de la consagración de una iglesia, otorgan cada uno una indulgencia de un año; el penitente gana las tres indulgencias, y queda absuelto por tres dineros" (3). Dominaba el clero á los vivos por el temor á las penas que les aguardaban en la vida futura y por la angustia que les inspiraba el pensamiento de que personas queridas, un esposo, un hijo, estuvieran sometidas á los tormentos del infierno. La Iglesia pretendía tener los medios de salvar á los vivos y á los muertos. Muchos siglos antes de la Reforma reconocieron los herejes la vanidad de esta usurpación; rechazaron las preces, las misas, y, en general, todos los oficios que se hicieran por los difuntos (4). Pedro de Bruis decía con gran razón: "Las ofrendas no pueden aprovechar á los muertos, pero aprovechan á los sacerdotes como instrumento de poder y fuente de riqueza" (5).

Los que abandonan la tradición católica se co-

(1) RAINERII Summa (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXV, p. 273, 265).

(2) RAINERII Summa: "Valdenses, quidquid praedicatur, quod per textum Biblicae non probatur, pro fabulis habent" (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 88, nota bb).

(3) RAINERII Summa (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXV, p. 265).

(4) EVERVINI Epist. ad S. Bernardum, § 5 (en las Obras de SAN BERNARDO, p. 1490).—RAINERII Summa (*Bibl. Max. Patrum*, tomo XXV, p. 265).

(5) RAINERIIUS, Summa: "Canonisationes, translationes et vigiliis sanctorum contemnunt. Item miracula sanctorum subannant, item reliquias sanctorum contemnunt."

(6) ALANUS, *contra Waldenses et Albigenses*, c. LXXII, p. 254.

(1) PERRIN, *Histoire des chrétiens Albigeois*, página 312 y siguientes.

(2) ALANUS, *contra Waldenses et Albigenses*, I, 50, 52; II, 10 (páginas 241, 275).—La Noble Leçon dice: "Sólo Dios perdona, visto que otro no lo puede hacer."

(3) ALANUS, *contra Waldenses et Albigenses*, II, 11, p. 265.

(4) BERNARDUS, *contra Waldenses*, c. IX (*Bibl. Max. Patrum*, tomo XXV).

(5) PETRI VENERABILIS Epistola adversus Petrobianos haereticos (*Bibl. Max. Patrum*, t. XXII, p. 1083).

locan en una pendiente fatal en que es imposible detenerse; pues desde que se da un paso fuera de la Iglesia, la fuerza de las cosas lleva á rechazar sucesivamente todas las creencias cristianas. Los herejes hicieron en la Edad Media la experiencia que han reproducido los protestantes en los tiempos modernos. El principio de que no es legítimo más que lo consagrado por la Escritura, los condujo á desechar la mayor parte de los sacramentos, la confirmación, la extremaunción, la orden y el matrimonio (1); y veremos que fueron más allá que la Reforma y aun que el cristianismo al rechazar la eucaristía y el bautismo. Nada les quedó ya del catolicismo. Un filósofo que se respete no podría asistir al culto romano, ni pudiera aún, sin hipocresía, tomar parte en el culto de los reformados; pero habría podido en el siglo XII concurrir á las reuniones de los Cátaros: "Para adorar á Dios, decían, no hay necesidad de reunirse en una casa fabricada de piedra; Dios está presente en todas partes, donde quiera que dos ó tres hombres se reúnen en su nombre." Sus templos no tenían ningún ornamento, no se veía en ellos ni estatuas ni pinturas; condenaban las imágenes como ídolos inventados por el demonio; comenzaban el servicio religioso por la lectura de un pasaje del Evangelio que el ministro interpretaba; después seguía la bendición; los creyentes juntaban las manos, doblaban la rodilla y se inclinaban tres veces, diciendo: "Bendícenos;," y la tercera vez añadían: "Orad á Dios por nosotros los pecadores, á fin de que haga de nosotros buenos cristianos y nos conduzca á un buen fin." Á cada oración de los fieles, el ministro respondía: "Que Dios os bendiga;," y terminaba con estas palabras: "Quiera Dios hacer de vosotros buenos cristianos y conducirlos á un buen fin." Después de haber recibido la bendición, la asamblea recitaba la oración dominical, la única que creían permitida á los discípulos del Cristo (2). Tan sencillo como este era el culto de los Valdenses; no tiene la filosofía una noción más pura de la oración que la que los *pobres de Lyon* tenían: ordenar su vida según la voluntad de Dios, pensar bien y obrar bien, era lo que llamaban orar (3).

(1) ALANUS, *contra Waldenses et Albigenses*, l. 66 y sig., página 251.—RAINERI *Summa (Bibl. Max. Patrum)*, t. XXV, p. 265.
(2) SCHMIDT, *Histoire et doctrine de la secte des Cathares*, t. II, páginas 111, 112, 115, 116.
(3) LEGER, *Histoire des églises vaudoises*, t. I, p. 41.

§ II.—Los precursores de la Reforma.

N.º 1.—Los precursores y los herejes.

En los dos siglos que precedieron á la Reforma aparecieron hombres que los protestantes reconocían como los precursores de la revolución religiosa del siglo XVI. Se engañaría quien creyera que separa un abismo á los *precursores* de los herejes por el hecho de que los protestantes se afiliaban á los unos y repudiaban á los otros; los sentimientos que inspiraban á los atrevidos sectarios del siglo XII animaban también á los *precursores* del siglo XV; y si éstos tenían más precisión en su doctrina y más firmeza en sus creencias, era por la ventaja de haber venido después: los gérmenes de la Reforma habían tenido tiempo para arraigarse y crecer, y los *precursores* fueron los órganos de este progreso. Verdad es que su nombre ha hecho olvidar el de los oscuros herejes de la Edad Media; pero no hay que perder de vista que debían su grandeza á la iniciativa de los Cátaros y de los Valdenses: herederos de lo pasado, se enriquecieron con los trabajos de sus predecesores. Ahora bien, el sello de la verdadera grandeza más lo tienen los que abren el camino que los que después lo ensanchan.

Representan en cierto modo las herejías el lado negativo de la Reforma, el odio contra la Iglesia, odio que implicaba la vuelta á los primeros tiempos del cristianismo, aquella edad de oro que las sectas querían volver á traer á la tierra. Wiclef adopta el mismo punto de partida: trueno contra las riquezas y la corrupción del clero; quiere que la Iglesia vuelva á su sencillez y á su pureza primitivas (1). Todavía es más explícito el primer reformador de los Bohemos: *Mateo de Janow* ve claramente que no puede convertirse la Iglesia al estado evangélico sino mediante una revolución (2). ¿Cuál será el instrumento de esta revolución? La Escritura. *Mateo de Janow* reprocha á la Iglesia el olvido de los libros sagrados por instituciones y observancias puramente humanas: "De aquí resul-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. VI, páginas 259-262.
(2) MATTHEI *liber de sacerdotum abhorrenda abominatione*, c. 37: "Dei Ecclesia nequit ad pristinam suam dignitatem reduci vel reformari, nisi prius omnia fiant nova" (*Historia et Monumenta*, J. HUS, t. I).

ta, dice, que los hombres se cuidan más de estas prácticas que de la verdad divina y de la caridad; y en eso hacen consistir su justicia y la esperanza de su salvación" (1). Dios debe prevalecer sobre los hombres: tal es el grito de guerra de todos los *precursores*. Wiclef comienza la obra de Lutero, traduciendo la Biblia al inglés, lo cual produjo una gran inquietud en el clero, que lo acusó de herejía; mas el intrépido Anglo-Sajón respondió que si eso era herético, lo era también el Espíritu Santo, pues que, al comunicar el don de lenguas á los apóstoles, los autorizó á predicar la palabra de Dios en todos los idiomas (2). Los reformadores alemanes parten igualmente de la Escritura: "Sólo la Escritura, dice *Juan de Goch*, tiene una autoridad irrefragable; los escritos de los Padres no tienen valor sino en cuanto se ajustan á los libros sagrados" (3). "Nada se debe creer, añade *J. de Wesel*, sino lo que se halla en la Biblia; Jesucristo dijo á sus discípulos que predicaran el Evangelio, no que dictaran nuevas leyes" (4). *Wesel*, el más protestante de los *precursores*, concluye diciendo resueltamente que es preciso rechazar la tradición de la Iglesia; declara que no cree en la Iglesia, sino con la Iglesia; y no quiere seguir al papa, si el papa no sigue la Escritura (5).

Dicen con razón los protestantes que reconocer la autoridad exclusiva de la Escritura es proclamar la Reforma. No se requiere un estudio muy profundo de los libros sagrados para advertir la oposición entre la Ley Antigua y la Ley Nueva: "La Biblia, dice *Juan de Goch*, es la ley de las obras, de la coacción, de la servidumbre. El Evangelio es la ley del sentimiento interior; no coarta al creyente, lo emancipa, uniéndolo á Dios por los lazos del amor" (6). Esta es en el fondo la diferencia que separa á Roma de Lutero: la Iglesia es la expresión de la Ley Antigua; domina sobre la sociedad laica por derecho divino. Wiclef le pregunta por los títulos de su divinidad. ¿Los tendrá del

Evangelio? El Evangelio no conoce ni papas ni cardenales, ni patriarcas ni arzobispos, ni obispos ni arcedianos, ni diáconos ni deanes, cuanto menos órdenes religiosos. El reformador inglés trata á todos estos dignatarios de la Iglesia de ministros del Antecristo (1), sin exceptuar al papa, "ese soberbio sacerdote que reside en Roma" (2). Wiclef ataca al papado, fundándose en la Escritura: ya hacía tiempo que había perdido su prestigio el poder temporal de los soberanos pontífices; las naciones lo habían rechazado una tras otra, y no hacía el reformador del siglo XV más que confirmar un hecho cumplido al negar que los obispos de Roma tuvieran algún derecho á la soberanía (3). Más atrevimiento había en negar el poder espiritual de los sucesores de San Pedro, porque parecían tener en su favor una palabra de Jesucristo, y Wiclef niega que los papas sean los sucesores de los apóstoles y los vicarios de Dios; la Iglesia romana era para él la sinagoga de Satanás. Autorizándose con el cisma que desgarraba á la cristiandad, exclamaba Wiclef: "No recibamos otro papa después de Urbano, y vivamos, como los Griegos, bajo nuestras propias leyes" (4).

¿Qué será de la unidad que quiso establecer Jesucristo, preguntan los católicos, si la autoridad del papado es desconocida? Los reformadores del siglo XV respondían, como hoy los protestantes, estableciendo la distinción entre la Iglesia exterior y la Iglesia interior: "La verdadera unidad, dice *Wessel*, es la sociedad de los santos, es decir, de los que están unidos en Jesucristo por una misma fe, en una misma esperanza y en una misma caridad, y poco importa que sean cualesquiera, uno ó muchos, los jefes bajo los cuales vivan. La unidad de la Iglesia bajo el papa no es más que un accidente; no es el papa el lazo de la unidad, sino el Espíritu Santo" (5). En este orden de ideas, no tiene ya razón de ser la separación de clérigos y legos: todos somos clérigos, exclaman los Bohemos, hay en la Iglesia diversos órdenes de minis-

(1) PALACKY, *Geschichte von Böhmen*, t. III, p. 177, nota.
(2) LEWIS, *History of the life and sufferings of John Wicliffe*, página 67.
(3) J. DE GOCH, *Epistola apologetica* (WALCH, *Monumenta mediaevi*, t. II, fasc. I, p. 10.—GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 153, nota q).
(4) J. DE WESALIA, *Paradoxa* (D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. II, p. 291).—ULLMANN, *Reformatoren von der Reformation*, t. I, p. 328.
(5) ULLMANN, *Reformatoren*, t. II, p. 34.
(6) J. DE GOCH, *De libertate christiana*, lib. IV, c. I, III, V.—ULLMANN, *Reformatoren*, t. I, p. 83.

(1) J. WICLEF, *Dialogorum*, IV, 15, 26.—GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, 3, § 124, p. 302, 304.
(2) "The proud worldly priest of Rome" (LEWIS, *History of J. Wicliffe*, p. 34).
(3) LEWIS, p. 266.
(4) Fue una de las proposiciones condenadas por el concilio de Londres, de 1382 (MANSI, t. XXVI, p. 695).
(5) WESSEL, *Quæ sit vera communio sanctorum* (Op., p. 890); *de potestate ecclesiastica*, ib., p. 753.—GIESLER, *Kirchengeschichte*, tomo II, 4, § 153, p. 464, 496.